

Pedro Corominas

## El trágico fin de Miguel de Unamuno <sup>(1)</sup>

### I



ERA por los comienzos del año 1896 cuando Unamuno, Jaime Brossa y yo colaborábamos en la revista ácrata «Ciencia Social», editada en un entresuelo de la calle Nueva de la Rambla por Cayetano Oller, tipógrafo inteligente y despierto como una ardilla, y por un grupo de obreros que quería atraerse a la juventud universitaria. Aquella relación intelectual nos duró muchos años y se convirtió en amistad íntima, cuando fuí a vivir a Madrid, donde Una-

---

(1) El presente artículo se traduce de la «*Revista de Catalunya*», N.º 83, de febrero de 1938. Esta revista se edita en Barcelona y por su contenido demuestra que la intelectualidad catalana todavía permanece activa a pesar de la guerra. El sumario del N.º 83 es de un interés enorme. Además del ensayo de Corominas sobre Unamuno figuran los siguientes: Ferrán Saldevila, *El concepte Despanya en la crònica de Muntaner* (El concepto de España en la crónica de Muntaner); R. Tasis y Marca, *Aldous Huxley* (El hombre, El novelista, El artista creador, El pensador); Rosselló-Porcel; *Imitacio de foc* (Imitación del fuego), poemas; y, por último, secciones permanentes de *Croniques* y de *Llibres*, en la que figura un ensayo de Luis Montanyá sobre *Pierre Mac Orlan*, *La novel·la d'aventuras i el fantastic social* (Pierre Mac Orlan, la novela de aventuras y el fantasma social).

muno y Brossa venían a menudo a pasar unos cuantos días conmigo.

Hacia poco que Unamuno, que era cinco años mayor que yo había ganado en brillantes oposiciones la cátedra de lengua y literatura griegas en la Universidad de Salamanca y había creado una familia que le dió muchos hijos. Por aquel tiempo, ya debía haber publicado en la revista «España Moderna», de Lázaro, su notable ensayo «En torno del casticismo» y por eso debíamos conocerle.

«Ciencia Social» publicó en su primer número un artículo mío, «Educación inmoral», y aquéllo fué el primer fermento de la colaboración universitaria. Hasta el primer número de 1896 los artículos eran de anarquistas ya conocidos de nuestra tierra (Anselmo Lorenzo, F. Tarrida, R. Mella, Enrique Vives) o habían sido traducidos de escritores extranjeros (Hamont, Kropotkine, Pelloutier etc.). Las dos únicas excepciones fueron un trabajo un poco rancio de Pompeyo Gener y una breve nota bibliográfica de David Ferrer y Vallés.

En el número de enero de 1896 el artículo de fondo era de don Miguel de Unamuno y se titulaba «La Dignidad Humana». Sostenía que a consecuencia de haberse estimado el trabajo humano, la personalidad humana, como un *valor de cambio* se había producido una atrofia en el sentimiento de la dignidad del hombre: no bastaba ser todo un hombre, de una formación perfecta; había que *distinguirse*, subir fuera como fuera, adquirir un *valor social de cambio*. Si pensáis en aquel artículo primerizo, encontraréis una preocupación que no abandonó a Unamuno en toda su vida.

Pero ya en el número de febrero Jaime Brossa (bajo las iniciales J. F.) publicaba una «Revista de Revistas», llena de un sabor juvenil, de una viva sensibilidad intelectual. El grupo estaba desintegrado: en el número de marzo, por una rara coincidencia, aparecieron al mismo tiempo un artículo de Unamuno, «La Crisis del Patriotismo», y uno mío titulado «El Amor Pa-

trio». Más tarde se agregaron Pedro Dorado Montero, José Verdes Montenegro y F. N. de Palencia. En el número del mes de junio más de la mitad del texto era nuestro.

Aquel apasionado acercamiento entre los elementos universitarios y los obreros se hacía cada día más íntimo y fecundo, no sólo en los periódicos, sino que también en los actos de propaganda y en las representaciones teatrales. Uno de los objetivos que persiguió la cábala militar con su proceso de Montjuic fué la disgregación de aquel grupo. Todos fuimos o presos o desterrados. Sólo Unamuno quedó en libertad, pero desde su soledad de Salamanca trabajaba por nuestra liberación. Fué apresuradamente a Madrid, se presentó ante Cánovas y desesperadamente se arrodilló a sus pies; hizo activar a Joaquín Costa. El fué el primero que, cuando la opinión pública era porfiadamente enemiga de los presos y un diario republicano abría una suscripción para ofrecerle una espada de honor al teniente Portas, director de los tormentos, tuvo el valor de defendernos.

Siempre recordaré con emoción que, cuando tanta gente amiga renegaba de mí, Unamuno me envió abiertamente a Montjuic su primer libro, «Paz en la Guerra», con una dedicatoria que decía así:

*«Ya que yo no pueda, que le acompañe a V. en esa soledad este libro en que va mucho de mi alma. Con él va toda mi simpatía y mi cariño hacia V., amigo Corominas.—MIGUEL DE UNAMUNO».*

Los verdugos del castillo, al recibir el libro, estuvieron unos días sin saber qué hacer. Los que creían haber sembrado el terror se escandalizaban de aquella audacia juvenil.

## II

El estallido del 1898 en Madrid separó a Unamuno de aquel núcleo que había empezado a formarse en Barcelona. Recobrada la libertad, después de mi exilo en Hendaya, también tuve que

establecerme en Madrid, donde estuve cuatro años. La diferencia entre los grupos de Barcelona y de Madrid consistía en esto: en que aquél era una anticipación a los tiempos nuevos, porque llevaba a intelectuales y universitarios al movimiento revolucionario obrero, y el de Madrid era un renacimiento literario que trataba de tonificar a la vieja España y de redimirla de las llagas que dejó al descubierto el desastre de las colonias. Los dos movimientos fracasaron: en Barcelona los jóvenes engrosaron el catalanismo liberal que desembocó en la Esquerra, y en Madrid la generación del 98 se retiró pronto de aquella Unión de *horteras* que Joaquín Costa tuvo que dejar en manos de Alba y de Paraíso.

«Vida Nueva» fué por un momento el lugar de concentración en Madrid. El primer número empezaba con un artículo de Unamuno: *Abajo Don Quijote, Viva Alonso Quijano el Bueno*. Poco después iniciaba yo allí la campaña por la revisión del proceso de Montjuic. Fuimos los de «Vida Nueva» los que preparábamos el mitin del Frontón, pero una vez que Silvela hubo indultado a los presos que quedaban en los penales de Africa, la efervescencia se enfrió del todo. Todavía la generación del 98 se concentró en un nuevo semanario, «La Vida Literaria», donde publiqué en castellano «Las Prisiones Imaginarias»; pero allí los redactores (Benavente, Valle Inclán, Baroja, etc.) rompieron toda relación con las agrupaciones sociales y políticas. Maura renovó en un sentido de superficial austeridad el escepticismo conservador y el único movimiento que hizo temblar a la España burguesa fué el catalanista, que desembocó en 1906 en la Solidaridad Catalana.

En esos años Miguel de Unamuno se fué deshaciendo de sus antojos libertarios. Su crisis religiosa, más bien mística, de 1897 le había dejado al enfriarse un espíritu calcinado donde aquel sentido del valor de cambio del hombre, acorralado en la primera juventud por el redentorismo social, iba a hacerlo navegar al

garete entre el primer «Sentimiento Trágico de la Vida» y el criticismo castizo de la «Vida de Don Quijote y Sancho».

La pasión que había tratado de hundir en su corazón se le imponía. Todavía debía sentir en su fuero interno el eco de sus propias palabras: *Se sacrifica la individualidad a la personalidad, se ahoga lo que es diferencial bajo lo que es específico y conocido; no se procura el desenvolvimiento integral y sano de la personalidad, no; uno quiere caricaturizarse tanto como sea posible; señalar más y más las líneas diferenciadoras a costa de la dignidad humana. La cuestión es elevarse y distinguirse. Diferenciarse, sin ningún respeto al proceso paralelo de Integración. Hay que alcanzar la originalidad sin fijarse en que no hay nada tan profundo y tan verdaderamente original, como lo que es originario, común a todos, humano.*

*La caza de la distinción, el miedo de quedar anónimo, la porfía de separarse, si no del pueblo, de lo común le hacen olvidar aquel primitivo sentido de la dignidad humana, él que había dicho: En el mundo literario se desprecia la vida de la gran masa, no se quiere cantar en el gran coro por miedo de que la voz se pierda en el concierto armónico, y por hacerse notar se hacen gallos y se rompe la armonía, se sostienen paradojas estúpidas, se incurre en toda especie de insinceridades.*

Todo el que ha seguido los zig-zags del pensamiento de Unamuno en sus últimos veinte años comprenderá hasta qué punto aquel sentimiento del valor de cambio de la vida, del cual tan bien se había dado cuenta en su juventud, combatiéndolo encarnizadamente, se enseñoreó en su espíritu desde que la crisis religiosa ahogó para siempre en él aquel profundo sentido de lucha contra la valoración capitalista del hombre, que le había hecho proferir.

*La estimación del simple valor de cambio aplicada al trabajo humano, y al hombre mismo, convertido en tanto en simple mercadería, es el carácter más odioso del régimen económico social que sufrimos. Y esta estimación se extiende a la moral, a la literatura,*

a la ciencia, al arte, y produce así el más abyecto e infecundo mandarínismo, y verdadero materialismo mercantilista.

### III

La crisis religiosa duró unos cuantos años, pero su intensidad fué decreciendo poco a poco. Es dudoso que llegara a traspasar el ámbito de la ideación para alterar o remover el poso de los sentimientos con la inesperada polarización de una fe. Es cierto que fué una irrupción algo instantánea, pero en el caso de un hombre tan intelectual como Unamuno, profundo conocedor de esas manifestaciones, es bien difícil de discernir cuándo se trata de un movimiento estrictamente ingenuo, de autosugestión inconsciente, pero de carácter puramente voluntario.

En una carta me explicó la crisis como una descarga fulminante que le hirió en una hermosa noche. Ya hacía horas que no podía dormir y se daba vueltas desasosegadamente en su lecho matrimonial, donde su esposa le oía, pero que dominada por el miedo, no decía nada. De súbito le sobrevino un llanto inconsolable, con abundantes lágrimas, y todo él se estremecía. Entonces la pobre mujer, vencido el miedo por la piedad, lo abrazó y acariciándole, le decía: *¿Qué tienes, hijo mío?* Al día siguiente Unamuno lo abandonaba todo e iba a recluirse en el convento de frailes dominicos de Salamanca donde estuvo tres días. Algunos años después me mostró el convento y el lugar donde pasó las primeras horas rezando de cara a la pared.

Pocos meses después, a mediados del año 1897, comenzaba y mantenía conmigo, que vivía exilado en Hendaya, una correspondencia continuada, compuesta de largas cartas con una crucecita arriba: me explicaba todos los detalles de su conversión, como no creo que lo hiciera a nadie más y me decía lo que tenía que hacer para convertirme. Al contestar le contaba el resultado negativo de mis experiencias. Es indudable que los dos sentíamos el corazón empapado de una vaga religiosidad, que yo no alcan-

zaba a precisar en la figura concreta de una fe que él afirmaba poseer. Nuestras cartas sinceras, apasionadas, eran resultado de la lucha que cada uno de nosotros sostenía consigo mismo, en su propio espíritu; eran, como él lo dijo más tarde, una «agonía».

El tema de la correspondencia era éste: cómo en un espíritu empapado de religiosidad puede producirse la polarización de una fe. En esto coincidíamos con el mal de nuestro tiempo: la impotencia del hombre profundamente religioso para hacer brotar una fe en su corazón. «Tomad agua bendita», decía Pascal. Y en otra parte nos animaba así: «no me buscarías tanto si no me hubieses hallado». Unamuno me aconsejaba que leyese el Evangelio con alma de niño: «échese de bruces a beber en esta fuente». En otra carta me recomendaba que meditase las «Confesiones» de San Agustín. Pero la fe religiosa se pierde al querer ser provocada y el desengaño de cada experiencia me helaba el corazón aún más con un nuevo temor. Y bien, si algún día se publica nuestra correspondencia, el lector imparcial estará seguramente con esta conclusión: «Unamuno creía que creía, pero no creía». La convicción era tan sincera como errónea. Hacía años que había perdido la fe de su infancia, y habiendo sentido los mareos de las altas inquietudes revolucionarias, quiso volver a poner los pies en aquella roca viva y en vano lo probó. Le pasaba lo contrario de lo que dice San Agustín: «Platón me ha enseñado la Justicia, pero solamente Jesús me ha enseñado el camino para llegar a ella».

Unamuno sabía todo lo que les ocurre a los que se convierten. Lo sabía, y, si no lo practicaba, procuraba grabárselo. Pero nunca recobró la fe.

#### IV

Al cabo de algunos años se olvidó de poner la crucecita encima de las cartas. Pero el contacto con los que no habían per-

dido la fe le demostró que él no la tenía. Lo que hay es que no quería que fuese dicho y, al volverse contra aquéllos que creían, les enrostraba la carencia de fe: eran ellos los que no la tenían. De él aprendí la frase de Coleridge que tan bien le calza: «*Ustedes no creen; ustedes creen que creen*».

La vida de Unamuno en adelante fué una remembranza de aquella lucha. Si algún rumor quedaba en el fondo de su corazón era el eco inextinguible de aquella infortunada voluntad de creer. Lo restante era como un erial donde aquella su concepción materialista del hombre aceptado por su valor de cambio se hizo obsesión predominante. Había que distinguirse, ya que la llamarada mística había destruído para siempre el ímpetu humano que le había hecho proferir su primer grito de revuelta, aquello que podía extraerle toda la fuerza creadora que había en él.

«El primer deber del hombre no es diferenciarse, es ser hombre sincero, íntegro, capaz de consumir cuanto más mejor los diversos elementos que un ámbito diferencial le ofrecen. Y el deber del que se consagre a la ciencia o al arte es estimar su obra más grande que él mismo y tratar con ello no de distinguirse, sino que de obtener la más grande satisfacción del mayor número de hombres, la más grande intensificación de la propia vida y del mayor número de vidas ajenas».

Fuera de cuánto se refiere a aquel gran tropiezo de su vida, el afán de diferenciarse le hizo tomar sucesivamente las posiciones más contradictorias. Todos los que le conocíamos sabíamos de él que era un vasco de pura cepa, por la estructura más íntima de su pensamiento, por lo rebuscado de la expresión gráfica, por la porfía de interpretar el futuro como un reflejo de su propia voluntad. Para el vasco las cosas no son como son, sino como él querría que fuesen. Es un porfiado activo de una agudeza que él querría acerada. Esto no obstante las más terribles de sus paradojas fueron las que hizo contra su lengua, la opinión y el movimiento político de su pueblo. Queriendo decir



que a la vez de ser las más terribles fueron también las más vascas.

Para criticar una cosa tenía que estimarla primero. Contra las cosas que no había estimado antes no tenía más que el menosprecio y la negación absoluta. Le faltaba entonces el otro lado de la paradoja. Y eso lo hacía por un antojo irresistible, quiero decir que esta era una decantación de su pensamiento, creada tal vez por la reacción de un interés material, o por un despecho o por un impulso vengativo del cual su conciencia no sabía nada al momento de estallar.

Eso es lo que nunca comprendieron sus enemigos o los que se sentían molestos por la contradicción de sus reacciones. Al decir esto me siento exento de toda intención de vituperio o de apología. No critico ni defiendo; constato. Unamuno era siempre sincero; en el fondo de sus juegos malabares y de sus paradojas había un cariño, una pasión por aquello que tal vez hacía objeto de sus procacidades, eso sí que él había adquirido el hábito descontrolado de diferenciarse, de mejorar o al menos sostener su va or social de cambio.

Contra la dictadura no tenía más que el menosprecio y la negación; contra la República nos hirió con sus paradojas. ¿Qué en todo esto jugaba el tratamiento que recibía el éxito personal o el fracaso, si la situación lo apartaba o lo acercaba al rectorado de su Universidad de Salamanca, dónde se había acostumbrado a ejercer su descontrolado afán de gobernar? Si me preguntáreis eso os contestaré que no trato de presentar a Unamuno como un hombre incommovible, extraño a toda pasión, insensible a todo interés. Ya lo decía él mismo, que no pretendía para estatua. Pero os abro un camino para guiaros por la fronda de sus contradicciones, os enciendo una linterna humana que nos permitirá ver la sinceridad en el error, el afecto en la diatriba, el menosprecio en la adhesión fría, el interés cordial en la crítica apasionada, la confesión inconsciente en la paradoja.

## V

Unamuno tenía ya más de setenta años. La vida había perdido para él una buena parte de sus estímulos más agradables. La muerte de su hijo lisiado le había liberado hacía muchos años de aquella devoción apasionada que mueven en nosotros las desgracias de los seres queridos. La familia se le iba dispersando, porque 'os otros hijos se hacían grandes, y como es natural, se emancipaban. Cuando hace poco perdió a su esposa, aquella mujer menuda, hacendosa, casera, que llenaba con su cariño amigo el hogar que tantas veces había dejado el sabio, aquella mujer para la cual él había sido el único y grande amor de su vida, en el espíritu de Unamuno debió romperse una cuerda muy íntima. Pensad en la desolación de Manuel Kant, cuando en la ancianidad extrema le cortaron el árbol en cuya sombra se había ejercitado en desembrollar las telarañas de su pensamiento.

Le había pasado la edad de empezar una nueva vida. Pero mientras vivía en Salamanca las sombras y los recuerdos llenaron las fallas que en otro lugar le habrían roto la unidad y la continuidad de la existencia. Siendo un hombre bueno, tierno y dócil con los suyos (nunca se pintó mejor que en su obra de juventud «*Paz en la guerra*»), ahora no descansaba nunca de su papel de erizo, de hombre colérico y cruel, que nada había hecho por su mujer. Parecía un hombre íntegro: aplicaba en el concepto de la sociedad una lógica sin entrañas, su expresión era más gráfica que nunca y muy a menudo usaba términos de inhumana dureza. Casi solitario, hasta en aquel ambiente familiar que hubiera debido temperar su mal humor meramente formal, no podía detenerse ni reprimirse, sin que la apariencia de su carácter delante de los demás se resintiera, en aquel rezongar que le habría llevado la enemistad de todos. Y bien, sostengo que

interiormente Unamuno seguía siendo tan bueno como antes y que ésta no fué la parte menos dolorosa de su tragedia.

A nosotros, los catalanes, nos había hecho blanco en sus últimos tiempos de las más despiadadas paradojas. Y eso era señal en él de que nos había querido. Votaba en contra nuestra en el Congreso, se empecinaba en negar la legitimidad del moderno catalán literario y recitaba de memoria *El Arpa*, de Mossén Cinto Vergaguer, escrita en una lengua arbitraria que ahora no habla nadie y que Unamuno pronunciaba además en castellano, para significarnos que aquel era el catalán verdadero y no el que nosotros usábamos. Esto no obstante, había tenido en Cataluña los amigos que más lo habían estimado y respetado, y había sido más profeta en nuestra casa que en la suya propia. Puede decirse que las dos tirrias aparentemente más agudas de Unamuno llegaron a ser Euzkadi y Cataluña. Pero los que le conocíamos íntimamente no nos dejábamos engañar nunca por las apariencias.

No sé si es verdad, pero si no lo es debería serlo. Y estas verdades que deberían ser aunque no lo fueran, eran para Unamuno la más pura expresión de la verdad. Pero se dice que en Salamanca, presidiendo en la Universidad en la fiesta de la raza, alguien se había atrevido a decir que ni los vascos ni los catalanes habían hecho nada por la cultura española. Esto era en los primeros meses de la sublevación fascista, cuando había peligro al oponerse a las procacidades de un militar rebelde. Entonces Unamuno, delante de las autoridades, dijo cara a cara a los patriotas del *Tercio* y de los *Mehalas*, con acaloramiento, que Cataluña, de la Edad Media a esta parte, había aportado las influencias constructivas de su cultura en todos los órdenes de la vida española, y que el hombre vasco es el elemento humano que se sitúa y que se ha situado siempre en una actitud más dramáticamente interrogativa por lo que toca a la vida y a sus finalidades últimas. Este es el verdadero Unamuno, el profundo, y no el de las paradojas superficiales, el que sólo aparecía cuando

podía exaltar su valor social de cambio por los caminos del amor y de la justicia.

¿Cómo podría ser de otra manera tratándose del hombre que en su juventud, antes de la crisis religiosa, cuando todavía luchaba contra el impulso de distinguirse, había escrito estas palabras: *Libertad, Libertad primero que todo, libertad verdadera. Que cada cual se desenvuelva tal como es y todos nos entenderemos. La unión fecunda es la unión espontánea, la de la libre agrupación de los pueblos?*

¿Cómo podía entenderse con los que hacen del nacionalismo una concepción económica de reconstrucción capitalista? Dejarme citar aún sus palabras de *La Crisis del Patriotismo*. «El nacionalismo, el patriotismo de las grandes agrupaciones históricas, cuando no es hijo de las fantasías literarias de los grandes centros urbanos, suele ser producto impuesto en último término por la cultura coercitiva de los terratenientes, de los *landlords*, de los señores feudales, de los explotadores de los latifundios».

«Hay dos regionalismos (sigo copiando palabras de Unamuno). Uno retrógrado, proteccionistas, de la gleba, el pobre y mezquino que forma juntas de defensa para evitar que retiren una Capitanía General, el que pide cruceros, guarniciones, caridad que ensucia y empobrece; y otro regionalismo que pide libertad para que cada pueblo se desarrolle como es. El uno instiga el odio entre las regiones y sirve a los explotadores. El otro pide la separación de los elementos antagónicos unidos por la violencia, para que se entiendan, y al final se unan en santa y libre coordinación, no en subordinación maldita y autoritaria».

¿Qué dirían ahora los escépticos capaces de pensar que Unamuno lo hacía todo por la Rectoría de la Universidad? Todo lo hacéis ir al revés. Aquí la tenéis, vuestra Rectoría. Ya no se trataba de una diatriba agregada a las otras. Ello era que siempre había sido él quien se rebelaba. El escritor que nos contó su protesta en Salamanca agrega que el Obispo le hizo compren-

der en voz baja que se comprometía. Y fué entonces cuando Unamuno estalló, y dijo en alta voz de manera que todos le pudieran oír:

—*¡Es que no puedo aguantar más! ¡Es que no quiero aguantar más!*

## VI

Aquí tenéis el trágico fin de Miguel de Unamuno. La realidad le aplastó entre los dos extremos de la paradoja. Entre la verdad sentida por los demás y por él mismo y la insensata quimera que en su decir procaz suplantaba a la verdad descaradamente. En un momento se encontró separado de los que pensaban como él había pensado toda su vida, y mezclado con los que lo tomaban por la palabra.

Una cosa parecía que ya le había ocurrido después de su crisis religiosa. El mundo de beatos, de «luisés» y de gazmoños que le abrían los brazos no era, ni podía ser el suyo. Allí estaban los *Landlords*, los latifundistas, los del gobierno autoritario, los que pisoteaban la dignidad humana en nombre del dinero y de la fuerza. Y eran ellos los que le tomaban por palabra, los que él había increpado con las diatribas en contra de la República parlamentaria, con las manos chorreando sangre, que aquella no era la hora de oponer palabras a las palabras.

Mientras toda la España había constituido un bloque, más o menos compacto, el ministerio de la crítica era fácil de ejercer, fácil y en cierto modo provechosa porque al que gobierna es bueno que por encima de todo le vituperen: si es con razón para estimularlo a la enmienda, si es sin ella para fortalecerlo en la reacción contra la injusticia. Pero cuando hubo dos Españas, Unamuno se encontró perdido. Fustigar lo que en el fondo de su corazón quería, era abrir paso a aquello que más cordialmente aborrecía. Sorprendido en territorio fascista ¿contra quien diri-

giría su malhumor fundamental, si solo tenía libertad para hacer e<sup>l</sup> elogio de los que lo tenían prisionero?

A él podría aplicársele aquel dicho popular tan certero y extendido: *Que, de los suyos, uno quiere decir, pero no quiere oír.* Las verdades falsas que, llenas de un sentido oculto, él había proferido por vía de paradoja, ahora le eran sacadas a relucir preñadas de hiel por sus enemigos. El las había usado como condimento y se las tenía que comer como un sustento. No había más remedio que callar. Pero ¿quién calla cuando llega la hora de la verdad, de aquella verdad que durante tantos años has estado viendo venir y el corazón te confiere la voluntad de imponerla, después que el entendimiento te la ha impuesto a ti mismo?

Aquí la tenemos, su lucha, su obscura tragedia, su agonía. Su silencio le alejaba de la sociedad, le destronaba de su reinado, de aquella España que él había ayudado a forjar. Callar era morir en vida. Los que se habían acostumbrado a verle pasar por las calles de Salamanca con los ojos chisporroteantes de una ira que, cuando no se producía naturalmente, él la provocaba, ahora lo veían deambular en silencio, acorralado contra la muerte. No quería aguantar más, pero solo y triste se sentía demasiado viejo para enfurecerse.

Y siendo así, de seguro que no le supo mal morir. El que un año antes habría congregado a todo un pueblo detrás de su féretro, era llevado al cementerio por tres o cuatro hijos, no todos, y un triste y raleado cortejo formado por los pocos amigos que ni en aquel momento le quisieron desamparar. Y ahora los más viejos necesitamos de un cierto valor para defenderlo del injusto menosprecio de un pueblo al que tanto ennoblecó con la grandeza de su pensamiento.